



Dossier de prensa

Mientras fui suicida

Mirentxu Aquerreta

Sobre el libro

Mientras fui suicida es un viaje desde la vivencia honesta y natural de la infancia, donde imperan los sentimientos, hasta una reconstrucción de una mujer que, a base de guiarse por la razón, teme perderla.

Explorando sus relaciones familiares, de amistad y de pareja, descubrimos la huella que dejan en la protagonista el amor y el desamor, la enfermedad y la muerte, el éxito y su precio.

Desde la mirada inocente y luminosa de los siete años, emprendemos un viaje hasta el ecuador de los cuarenta, una época de hacer balance que, para ella, parece hundirse por el desencanto.

¿Es verdad que nuestro carácter se forma en el tiempo? ¿Somos seres fragmentarios cuyos pedazos dejamos atrás definitivamente, como una muerte en vida?

Narrada en primera persona, la autora construye una biografía a partir de la recreación de esos recuerdos y experiencias que se han quedado impregnadas en la memoria y de las que siente la necesidad de hablar en voz alta.

Y como todo relato de una vida entera resulta ser un espejo deformante.

Ficha técnica

Título: Mientras fui suicida

Colección: Tierras de la Nieve Roja

Autora: Mirentxu Aquerreta

PVP: 19,50 EUR

Formato: 20 x 13 // 232 pp.

ISBN: 978-84-19243-22-5

Sobre la autora

Mirentxu Aquerreta

Mirentxu Aquerreta (Pamplona, 1975) es licenciada en Empresariales. Ha cursado estudios de piano en el conservatorio Pablo Sarasate. Ha vivido en Bruselas, París, Nueva York y Madrid. Ha trabajado como directora en áreas financieras y de estrategia en empresas multinacionales. En la actualidad, además, imparte clases en la Universidad de Comillas de Gobierno Corporativo y en la Escuela Contemporánea de Humanidades de Música y Literatura.

Mientras fui suicida es su primera novela.



«Un manual de instrucciones para desaparecer entre los otros. Y quizás, así, encontrarse».

- *Nuria Labari*

«Cómo juntar todos los pedazos que hay en una vida para hacer un único relato: esta novela es un manual para conseguirlo».

- *Alejandro Gándara*

¿Qué te impulsó a escribir?

Si te refieres a este libro, la necesidad de revisar mi propia crisis existencial a través de las experiencias que he visto en mí y en otros cercanos a mí. Necesitaba la escritura para enfermar mucho y sentir que solo desde allí había alguna posibilidad de sanación. Si te refieres a qué me impulsa a escribir cada día desde... no sé desde cuándo, desde que pienso y siento, ha sido la sensación constante de soledad, de no lograr sentir que pertenezco a ningún lado. La escritura era una permanente compañía, un desahogo, un amigo sonriente y comprensivo, siempre con el oído atento.

¿Cuáles son tus referentes en España? ¿Y en el extranjero?

Qué difícil quedarse con algunos nombres. Ha habido fuentes de inspiración y de admiración que han pertenecido a una etapa de mi vida y han evolucionado y crecido a la vez que yo. Nombro algunos pero hay muchos más. Mis primeras referencias en la adolescencia fueron Fournier y Turgueniev. A los veinte, Almudena Grandes, Gustavo Martín Garzo, Javier Marías... A los treinta, Angel González, Pedro Salinas, Carmen Laforet, Juanjo Millás... A los cuarenta, Rosa Montero, Alejandro Gándara, Álvaro Pombo, Juan Benet... Y voces jóvenes que he descubierto, cada uno en su estilo, ensayo, prosa, poesía: Nuria Labari, Lara Moreno, Kepa Murua, Sergio del Molino, Peio Riaño... pero me dejo muchos. Y extranjeros, de entrada se me ocurren Stendhal, DH Lawrence, Álvaro Mutis, Murakami, Modiano, Banville, Le Clezio, Octavio Paz, Anne Michaels, Szymborska, Anne Carson, Dos Passos, O Connor. En este orden cronológico. Y no me olvido del teatro de los existencialistas franceses.

¿Qué hace una chica como tú (del ámbito financiero) en un sitio como este?

Jajaja. ¡Ganarme la vida! Más allá del chiste fácil, creo que es una combinación que armoniza bien. Necesito la palabra y necesito crear para conocer y comprender mejor quién soy yo, quiénes los demás, si eso llega alguna vez a producirse; me refiero a conocernos mínimamente, para no caer en la melancolía. Y necesito el estímulo intelectual de entender y resolver problemas reales en una empresa formada por personas, cada una con su agenda y objetivos particulares, tangibilizar la creación de valor que implica a muchos. Lo que aprendo al escribir enriquece mi experiencia profesional y viceversa. O eso espero. Supongo que soy la menos indicada en el fondo para hacer tal valoración.

¿Cómo has aprendido a pulir tu estilo?

Leyendo mucho de muchos y aprendiendo a distinguir el estilo de la historia. Hace tiempo descubrí que prefiero un buen estilo a una buena historia, sin duda. Pero sobre todo, porque he tenido un gran maestro y amigo que me ha enseñado lo que sé, Alejandro Gándara.

«Necesito la palabra y necesito crear para conocer y comprender mejor quién soy yo, quiénes son los demás, si eso llega alguna vez a producirse; me refiero a conocernos mínimamente, para no caer en la melancolía».

Fragmento

Podría pensar que este es un paseo nocturno cualquiera, con el hombre al que amo. No con el que ha dejado de amarme y me lo ha comunicado en mitad de la cena, con la copa de vino en la mano, igual que si fuera a brindar conmigo por algo tan importante para él como que quiere a otra. El que me ha anunciado, mientras masticaba, que mañana por la mañana deja la isla para sacar las cosas de la casa que hemos compartido. Mi casa que durante cuatro años fue de ambos para volver a ser mía en unos días. Le escucho sin interrumpirle. Dice que es por mí, para que no haya nada suyo a mi regreso y todo sea menos duro. Pero sus palabras retumban en mis oídos tan apresuradas que parece que lamenta no haber hecho ya la mudanza. La suya e irremediamente ya también, aunque él lo ignore, la mía. Aún me he oído preguntarle qué va a pasar esta noche. Me ha anticipado que cuando lleguemos al hotel él se irá a otra habitación, doble de uso individual, a la que ha llevado su maleta cuando yo paseaba por la playa, justo antes de ir a cenar. Lo hacía en tanto se limpiaba la comisura de la boca con la servilleta de hilo. Yo veía a dos personas dándose la espalda y estirando el edredón desde los dos extremos de un colchón inusualmente pequeño. ¿Dónde había quedado la fragilidad? ¿La curiosidad, la identidad?

Veo la luz del faro al final del camino y paseo la mirada a mi alrededor. Entre las sombras de las higueras, los arbustos, las casas, las luces naranjas, se cuelan otras imágenes que no había visto antes. El corazón pintado en morado en la pared de la entrada de la casa, la palidez de sus mejillas con el sol de la mañana en la habitación, mis dedos acariciando la protuberancia de sus vértebras, sus libros de psiquiatría, las sábanas arrugadas de los domingos, las yemas de sus dedos en mi nuca, su escorpión tatuado en el costado, sus partituras en el piano, nuestras fotografías en la nevera. Las dejo a mi espalda, pero regresan allá donde dirijo la vista.

Y me digo que sí. Que podría creer firmemente que la mujer de treinta años que he sido hasta hace unos minutos se quedó atrás, en el camino, y que ahora es otra, aquí o en otro lugar. Y contempla esta hermosa noche sin luna ni estrellas.